



ALEJANDRO VOLTA.

Centenario del descubrimiento de la pila de su nombre

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ASFIXIA

¿Dónde hay cosa más actual que las desdichas de España? Actual, sí, y al mismo tiempo ¡tan antigua! No viene de ayer, ni de anteayer... De siempre, ó por lo menos de épocas que ya no alcanza la memoria.

Tales ideas me asaltan al leer los dolorosos y angustiosos títulos de una docena ó docena y media de libros que tengo sobre la mesa, como elementos dispersos de consulta y meditación para la conferencia que he de dar en París dentro de pocos días. Entre esos libros hay algunos de autor extranjero, en que nos ponen como chupa de dómine; y los más son españoles y constituyen una verdadera «Elegía á la pérdida de España.»

Es curioso que los libros españoles á que me refiero, en su mayor parte, sean obra de autores, si no por completo desconocidos, al menos no muy nombrados anteriormente. Los literatos de gran renombre de España no han abierto la boca en esta ocasión. Decíame no sé quién hace pocos días: «En España no debe de haber poetas, cuando no han cantado ni llorado la catástrofe nacional.» Otro tanto podría afirmarse, así en conjunto, de los prosistas famosos.

**

No cabe duda que los grandes acontecimientos modifican profundamente nuestro criterio y nuestras

convicciones, ó por lo menos las colocan en tela de juicio ante el tribunal de nuestra propia conciencia. Hasta la fecha creí yo que la literatura debía desentenderse, con cierto aristocrático desdén, de las cuestiones sociales. Sin negar el mérito de obras en que influye directamente el estado de la sociedad, prefería las que sólo nacieron y vivieron en las serenas regiones de la belleza pura. — Hoy no diré que haya variado de opinión por completo; sin embargo, noto que mi fe en la estética libre se ha debilitado. Me duele, me apena ver que las letras propiamente dichas conservan su olímpica impasibilidad en presencia de tan terribles y reiterados golpes. Tratando de hacer mi composición de lugar, tendencia natural en un espíritu ecléctico, saco en limpio que según la situación de los pueblos debe ser y manifestarse la literatura. Un pueblo próspero, feliz, con amplios horizontes, es natural que tenga una literatura independiente y desligada de compromisos, que volando por esfera superior y distinta de la práctica, no aspire á más fin que realizar y expresar la hermosura ó la verdad íntima, el lirismo. Un pueblo como el español, tan atrasado, tan desorientado y tan infeliz, necesitaría más bien una literatura de acción, estimulante y tónica, despertadora de energías y fuerzas, remediadora de daños. Sólo que...

Sólo que, en tal pueblo español, nadie leería esa literatura (ni la otra). Precisamente he aquí uno de los síntomas de nuestra grave enfermedad; la inapetencia literaria. A no ser por el auxilio *in extremis* del mercado de América, bueno andaría nuestro comercio de libros. Esto evita cargos de conciencia á los escritores, y les tranquiliza respecto á su delicada y honrosa misión. Como no sea para influir sobre los sud-americanos, no sabemos para qué se escribiría aquí algo relativo á nuestras catástrofes. Señalaba yo al Sr. Macías Picavea, autor de *El Problema Nacional*, libro notabilísimo, puntos que en otra edición me agradaría infinito ver tratados por tan competente pluma; y el Sr. Macías me contestaba, entre escéptico y modesto, que no era verosímil segunda edición de su obra. Hubiérase publicado ésta en Francia á raíz de los desastres, y las ediciones se multiplicarían, y la prensa llenaría sus columnas con el examen de las opiniones, datos y apreciaciones del autor. Aquí no he visto que ningún periódico se tome tal molestia. ¿Culpa de los periodistas? Sí, pero del público, del medio ambiente, en primer término. El lector pide extensas revistas taurinas, del género inaguantable, con los ceceillos patosos y los barbarismos achulados tan en moda; quiere además que le tengan al corriente de las probabilidades máximas y mínimas que en Barba de Puerco ó en La Ajosa reune la candidatura del niño cunero Refuláñez ó Mengánhez; no perdona el escándalo de la calle H ó B, ni el «drama conyugal», ni el «crimen pasional», ni el infundio, ni el timo, ni la bronca, ni la culebra — en la taberna del Gordo ó del Mellao; — pero que no le vengan á dar la lata (así se habla, y entre gentes de levita ó frac) con todo eso de la educación, de la agricultura, de la cultura nacional, del problema económico y del plan curativo aplicable al cuerpo enfermo. ¿Educación? Para eso están los maestros de escuela con sus ayunos al traspaso y sus hambres calagurritanas. ¿Agricultura? Venga la noria morisca, el arado prehistórico, y tan campanas. ¿Cultura nacional? Nunca; antes la muerte. Perdería esta nación su mayor hechizo, la *pátina* ó barniz del tiempo, y además sus virtudes y fuerzas morales, que consisten en eso precisamente, en no tener de cultura ni mija... ¿Problema económico? Vayan pagando el cupón, y trampa adelante... Y ¡ea!, no nos obliguen á enterarnos de eso; déjenos en paz. Sobre que estamos tan mal y tan agobiaditos, aún quieren que nos echemos al colete libros y artículos que nos han de cargar la cabeza en balde...

**

Mis crónicas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dieron motivo á que me escribiesen desde América varios españoles, quejosos de mi pesimismo y lamentándose de que yo insistiese en señalar ciertos defectos de la infortunada patria. Creían aquellos españoles, de honrada intención, pero equivocadísimos, que se hace un bien á las naciones contribuyendo á enjaularlas y á engreirlas en falso. Las faltas individuales debe disimularlas la caridad y atenuarlas la benignidad y la prudencia; los errores colectivos conviene denunciarlos sin miedo. Y las mismas faltas individuales, cuando afectan á la colectividad en decrechura, es preciso que salgan á luz, que se castiguen del modo más severo y ejemplar. — Como quiera que ello sea, si los españoles que desde América se dirigen á mí — y á quienes no puedo responder particularmente por falta de tiempo, debiendo mis escritos servir de contestación, — leen atentamente los diarios

y llegan á conocer alguno de los libros á que aludí al comenzar la presente crónica, ¡cuán benigna y anodina les parecerá mi crítica, cuán teñido de rosa mi pesimismo, cuán suave mi pluma! Pone espanto lo que se imprime ahora, y cuenta que es flor de cantueso al lado de lo que se dice, de lo que se murmura, de lo que se insinúa y de lo que se averigua á cada minuto.

**

Van llegando los testigos oculares, arroja el mar á nuestras costas los rotos despojos del gran naufragio, y aprendemos cosas sospechadas vagamente y sobrepujadas por la negra realidad. — De un muy extraño fenómeno, determinado por la pérdida de las Antillas, me enteró la meritísima escritora y española Eva Canel, recién llegada de Cuba. Dícame esta señora (y ella misma lo prueba experimentalmente) que á consecuencia de lo ocurrido, los partidarios de la causa española en Cuba se han hecho todos carlistas. ¿Por qué? Eso es lo que no me parece satisfactoriamente explicado: no acierto á comprender la razón, quizás por culpa de mi desconocimiento de aquella atmósfera, de las complicadas peripecias de aquella lucha. Acaso deba achacarse á la desesperación, á la rabia, al natural desconsuelo de una gente más patriota que la patria misma, y á quien la patria envió soldados y dinero, pero no jefes ni calor de simpatía, y á quien quitó, por combinaciones políticas, que ahí está lo malo, el único caudillo que les infundía confianza, el general Weyler. A un monje muy discreto le oí decir que D. Carlos es *el clavo ardiendo* á que se agarra España en sus momentos de suprema agonía. Tiene la ventaja de ser *otra cosa*, diferente de lo que existe, y lo que existe nos ha lanzado al abismo. ¡Lástima no poder abrigar fe ciega en D. Carlos! (No me refiero á la persona, hablo de los principios y soluciones que D. Carlos representa). A los españoles de las Antillas quedales, por lo menos, una ilusión. Peor andamos los que las hemos perdido todas.

**

¡Fe en las soluciones carlistas! ¡Pues si están ensayadas; si las han aceptado y practicado los gobiernos de la Restauración, y especialmente el liberal! — No podría D. Carlos, por mucho que se lo propusiese, restringir más en España la acción del espíritu moderno, ni aislarnos más de Europa. Las instituciones que significan progreso, aquí han sido letra muerta. En carlista y en integrista hemos vivido, sentido y pensado, por miedo á los integristas y carlistas, por no darles armas, por no padecer guerras civiles. Política que los liberales extremaron, pues necesitaban demostrar que no era su ánimo innovar cosa alguna: que el *statu quo* no tiene tan convencidos prosélitos. Claro que el gobierno no se estaba quieto del todo: parálitico de las regiones donde se asienta el corazón, conservaba no obstante en actividad la mano izquierda y el estómago; éste, ya se sabe para qué; aquélla... para dar vueltas y más vueltas al manubrio electoral. — Y ya que he nombrado á Macías Picavea, con una cita suya terminaré: «Así se explica el fenómeno, inconcebible para quienes lo observan sin estar en el secreto, de no hablarse jamás, ni preocuparse, entre ministros, senadores, diputados, altos funcionarios, diputados de provincia y concejales, de asuntos de higiene, pedagogía, técnica administrativa, organización militar, poder naval, sociología política, problemas de producción, exploraciones geográficas, cuestiones coloniales, evolución de las grandes competencias mercantiles... materia de la complejísima vida civil en las sociedades modernas, sino únicamente, cerradamente, febril y morbosamente, de recomendaciones, de puestos, de intrigas, de sonrisas prometedoras, de semblantes adversos, de lisonjas, de granjerías, de fórmulas conciliatorias ó venganzas de camarillas, de quejas en el reparto del botín ó satisfacciones bien retribuidas, de amenazas ó esperanzas, de combinaciones de personal, de ascensos, de olvidos, de murmuraciones, de crisis... una chismografía feminista y camarillesca, que á los iniciados les cosquillea deliciosamente, les sacude con voluptuosa vibración los nervios, les enajena y transporta... pero á un hombre íntegro y sano le abruma, le asfixia, y llega á producirle hasta las repugnancias del impudor y las náuseas del emético...»

Cuadro trazado de mano maestra, palpitante de realismo. Atmósfera letal en que agoniza España. — Vamos á salir de ella por breves días, á pasar la frontera, á respirar el aire de los pueblos modernos y á sentir con más viveza el contraste... La próxima crónica la escribiré en París, donde lo mucho que se hablará del *affaire* me recordará lo poco que aquí importa la *débâcle*.

EMILIA PARDO BAZÁN